

Resumen

La adolescencia conlleva tanto entradas como salidas. Entradas en la vida activa, la religión, la tontería... salidas de la infancia, de la familia, de la bobería, de la despreocupación... De forma que todo el mundo habla del adolescente pero nadie se orienta en ese laberinto. La adolescencia se teoriza para encuadrarla, comprenderla, ¡ayudarla! Se prefiere el refugio de la teoría al enfrentamiento que, pese a todo, es saludable para el adolescente. Es saludable para que el adolescente se construya su historia, sus recuerdos. La edad marca las etapas de la vida, pero no al sujeto. Lo que nos enseña el psicoanálisis es que el sujeto no tiene edad, y que es, a cualquier edad, en su contexto, responsable de sus actos.

Palabras clave

Depresión, Esperanza, Mirada, Pasaje al acto, Pubertad, Sexualidad, Transferencia

“Per què em mires...?”

L'adolescència comporta tant entrades com sortides. Entrades en la vida activa, la religió, la ximpleria... sortides de la infància, de la família, de la bajaranada, de la despreocupació... De manera que tothom parla de l'adolescent però ningú no s'orienta en aquest laberint. L'adolescència es teoritza per a enquadrar-la, comprendre-la, ajudar-la! Es prefereix el refugi de la teoria a l'enfrontament que, malgrat tot, és saludable per a l'adolescent. És saludable perquè l'adolescent es construeixi la seva història, els seus records. L'edat marca les etapes de la vida, però no el subjecte. El que ens ensenya la psicoanàlisi és que el subjecte no té edat, i que és, a qualsevol edat, en el seu context, responsable dels seus actes.

Paraules clau

Depressió, Esperança, Mirada, Passatge a l'acte, Pubertat, Sexualitat, Transferència

‘Why are you looking at me...?’

Adolescence involves entrances and leavetakings. Entrances into working life, religion, stupidity... leavetakings of childhood, the family, silliness, carefreeness... so that everyone talks about adolescents but nobody finds their way in this maze. There are theories of adolescence to classify it, understand it... and help it! Taking refuge in theory is preferred to confrontation, which despite everything, is healthy for the adolescent. It is healthy for adolescents to construct their own history, their own memories. Age marks the phases of life, but does not mark the subject. What psychoanalysis teaches us is that the subject does not have an age, and is responsible for his or her actions in context at any age.

Keywords

Depression, Hope, Look, Rite of Passage, Puberty, Sexuality, Transfer

Autor: Guy Briole

Artículo: “¿Por qué me miras...?”

Referencia: Educación Social, núm. 29 pp. 15-21

Dirección profesional: Hospital Val de Grace, París
guy.briole@wanadoo.fr

▲ Introducción

¿Por qué me miras... tú, adulto, tú, educador, tú, papá, tú, mamá? ¿Por qué me miráis, vosotros que me delegáis el encarnar la imagen ideal, vosotros que me reprocháis estar siempre en falta respecto a vuestras esperanzas y que me dejáis, con vuestro inmenso amor, sin recursos respecto a la cuestión de mi deseo y de mi goce?

Al adolescente, su cuerpo librado a la mirada de los otros le turba. Está molesto con ese cuerpo recientemente transformado por la irrupción de lo real biológico que es la pubertad. En ocasiones, se siente avergonzado de su cuerpo que, después del periodo de latencia, está sometido al despertar pulsional.

Del lado del adulto, ese cuerpo es vivido de una manera ambivalente. Ingrato o de una belleza perfecta, la imagen que el cuerpo del adolescente le presenta de su propia juventud perdida no alcanza jamás al ideal de la perfección imaginaria. A partir de ese mensaje que le llega del Otro en forma invertida, el adolescente se amará o se detestará en esa imagen. Pero, tanto para el enamorado de su imagen como para aquel que la ataca, el riesgo es perderse.

El adolescente es el adulto de mañana. Sobre él se concentran las esperanzas para el futuro. El adolescente es una esperanza para mañana. Pero el adolescente es también, por su infatuación cautivante o desesperada, un temor hoy. Entonces, hay que esperar. Los adultos hacen de esa esperanza secreta un imperativo para el adolescente. Se les dice que son el futuro, que deben esperar. Allí donde el adolescente llama a una figura paterna, se le propone lo peor: la esperanza. Sobre ese punto, debemos recordar la advertencia de Lacan en *Télévision*: “Sepan que he visto muchas veces a la esperanza, lo que llamamos las mañanas que cantan, empujar personas al suicidio, simplemente.”¹

El adolescente se suicida, se sabe la frecuencia y la gravedad. Sale de la vida cuando está entrando. Se olvida que lo que está en el principio de la pulsión de muerte es que el éxito de una realización en la vida del sujeto puede, al mismo tiempo, confundirse con el deseo inconsciente que se acaba.

Se dicen muchas cosas del adolescente; por ejemplo, que hay en él un vivero de problemas perversos o psicóticos. Decir que la adolescencia es la edad de entrada en la psicosis no es lo mismo que decir que la adolescencia es psicotizante.

Todo el mundo habla del adolescente pero nadie se orienta en ese laberinto

Después de todo, la adolescencia conlleva tanto entradas como salidas. Entradas en la vida activa, la religión, la tontería... salidas de la infancia, de la familia, de la bobería, de la despreocupación... De forma que todo el mundo habla del adolescente pero nadie se orienta en ese laberinto. Sobre todo, el mismo adolescente que se encuentra allí bamboleado con los caprichos del adulto.

Entonces, la adolescencia se teoriza para encuadrarla, comprenderla, ¡ayudarla!

Se prefiere el refugio de la teoría al enfrentamiento que, pese a todo, es saludable para el adolescente. Es saludable para que el adolescente se construya su historia, sus recuerdos.



La pubertad y la sexualidad

A este punto, debemos precisar que la adolescencia no es un tema freudiano. Ni para Dora, ni para la joven homosexual – en ambas los problemas aparecieron en la adolescencia-; Freud no presentó la cuestión en esos términos. Para Freud, la cuestión no es la de la adolescencia sino la de la pubertad. Es lo que evoca en el texto *Malaise dans la civilisation* (El malestar en la cultura) cuando habla de la “maldición en relación con el sexo.”²

A lo que el adolescente está confrontado es a eso que puede causarle horror: la realidad de su condición sexuada. Los siete velos que enmascararían esta realidad podrían declinarse así: intelectualización, amor-pasión, amistades particulares, anorexia, toxicomanía, rebeldía, delincuencia.

“La sexualidad, más que dar sentido, produce un agujero en lo real”, precisa Lacan en su prefacio a *L’Éveil du printemps* (El despertar de la primavera) de Wedekind³.

Aunque la adolescencia no es un concepto psicoanalítico, hemos subrayado que la pubertad lleva a ese periodo de la vida reajustes importantes. Estos reajustes son debidos a la muy neta repartición que debe acabarse entre los objetos sexuales y los padres. Es en este periodo que “el objeto parental se ve definitivamente condenado como objeto sexual.”⁴

Debe añadirse que el encuentro con el Otro sexo es siempre traumático por la puesta en juego de la castración del sujeto y la del Otro. Sin embargo, la adolescencia, a la salida del periodo de latencia, es el tiempo del traumatismo sexual por excelencia, el del *apres-coup* freudiano, aquel en que se junta el cuestionamiento sobre el sexo y la muerte.

Para Moritz, el joven muchacho de la obra de Wedekind es en un sueño que le llega “*l’Éveil du printemps*”⁵. Ha soñado con chicas. Se lo cuenta a su amigo Melchor, al que admira. Moritz se siente incurable, corroído por un mal interior que logra bordear, durante un tiempo, con la escritura de sus memorias. Que Moritz, como todo adolescente, sueña con chicas, no por eso se las hace más accesibles. La pubertad, que hace posible el acto sexual, aleja aun más la realización por la culpabilidad y los fantasmas de represión que suscita.

Para Moritz, por todos lados, la mirada de los otros le desenmascara. Confrontado a un imposible que le sobrepasa, decide suicidarse, sustraerse al mundo de los vivos y a su mirada. Sin fallos, un acto logrado. Es también un

A lo que el adolescente está confrontado es a eso que puede causarle horror: la realidad de su condición sexuada

acto que participa del hecho de haber tomado partido por no querer saber nada. Un saber que no quiere ser sabido y que trata de la castración del sujeto, un incumplimiento de la regla del *bien decir*.

Pasaje al acto y *acting out*

El humor toca a lo in formulable: el fallo del lenguaje

Esto nos lleva a evocar la depresión del adolescente. En la depresión faltan también las palabras para definir el humor. El humor toca a lo in formulable: el fallo del lenguaje. Eso se acentúa todavía más con la dificultad del adolescente para hablar, especialmente con los adultos. Entonces, no es extraño que la depresión sea confundida con la reticencia o que sea reducida –en la psiquiatría moderna- a la inhibición psicomotriz. La psiquiatría biológica responde aquí en lugar del adolescente que, como sujeto, se encuentra excluido.

Hete aquí la ralentización promovida como incontestable y cuantificable. Pero este enfoque encuentra su fracaso por los actos o pasajes al acto que, particularmente en los jóvenes, aparecen para desmentirlo en los regresos, a veces fulgurantes, del sujeto a la escena de la que fue excluido. El pasaje al acto concierne también a un imposible de decir. En efecto, el pasaje al acto se despliega en proporción al defecto en el acto de decir.

El pasaje al acto es un cortocircuito del decir, un cierre del inconsciente en el sentido de un “no quiero saber”.

Diferenciamos tres tipos de pasaje al acto:

- De entrada está el pasaje al acto en su estructura depurada: el Otro está excluido. El pasaje al acto no apunta al Otro, sino a separarse de él. Por ejemplo, es el acto suicida con el que el adolescente abandona brutalmente la escena, sin prevenir y de manera radical.
- Al lado de ese pasaje al acto puro, se puede localizar el pasaje al acto al que el sujeto intenta, *apres-coup*, dar un valor de acto.

Es el caso de un joven adolescente de 14 años acusado por su padre, según la denuncia de un vecino, de *follar* con su hermanastra en el bosque. Han sido vistos. Se siente humillado por esa mirada del vecino. Se apodera de un fusil, atraviesa la acera y dispara sobre ese hombre. Falla por poco, su padre desvió el cañón del fusil. El adolescente quiere que los gendarmes acudan, quiere explicarse, hacer reconocer la pureza de su hermanastra. Quiere que su gesto, aquí pasaje al acto, sea reconocido como un acto. En lugar de eso, el padre empieza un trato financiero con el vecino. Compra su silencio... Después de eso, en relación con su hijo, el padre no ha dejado de pagar: estudios fracasados, droga, alcohol, cuidados, abogados para dos encarcelamientos por narcotráfico...

Hoy, el paciente tiene cuarenta años y prosigue su deriva. Padre e hijo están desde ahora solos. Su lucha a muerte continúa...

- El tercer caso sería el pasaje al acto en el que el Otro está incluido. Es la estructura del *acting-out*. El *acting-out*, en efecto, es una demanda dirigida al Otro para que se la toma en cuenta; una modalidad de demanda de ayuda. El *acting-out* es una llamada a la interpretación. Este modo de relación es frecuente en el adolescente: con sus padres, sus amigos, sus profesores. La estructura del *acting-out* raramente es tomada en cuenta en su dimensión de lenguaje dirigido al Otro. Con el adolescente se habla más de provocación, de desafío, de altivez, de inconsciencia, de transgresión, de búsqueda de castigo... Subrayemos que en ese caso la cuestión está únicamente situada del lado del adolescente, el adulto se retira de la relación. Para el *acting-out* se necesitan al menos dos. Dos es una buena cifra con el adolescente y es preferible situarse como interlocutor, incluso oponiéndose a él, antes que dejarle sólo. Si no, será entonces cuando saldrá del *acting-out* para desaparecer en el pasaje al acto.



El *acting-out* es una llamada a la interpretación

Escapar a la mirada

Volvamos al punto que planteábamos sobre la prevalencia, en la adolescencia, del pasaje al acto en su relación con la mirada.

El adolescente es sensible a la mirada. La mirada le adivina, le ve a pesar suyo. Eso puede hacer síntoma. Frente a esa mirada que le divide, intenta escaparse para mantener su integridad.

En algunos casos sucede que el sujeto, por no consentir a borrarse frente al objeto mirada, se ve empujado al pasaje al acto.

Hete aquí una situación bien conocida de nuestra práctica con los psicóticos, pero también con los adolescentes cuando el pasaje al acto está en primer plano.

En ese caso, el modo relacional pasa, a menudo, por la pregunta angustiada: “¿por qué me miras? ¿Qué tiene mi jeta?”

“¿Qué quieres de mí?” sería ya una formulación más elaborada, la mirada velada en la demanda al Otro. Pero, al menor paso en falso, el puñetazo sale incluso antes de que la pregunta haya sido formulada.

La prevalencia de este objeto mirada y del pasaje al acto se evidencian en la siguiente viñeta clínica:

“¿Por qué todo este odio en mi mirada inexistente?, te quiero, te tengo miedo”. Es, según un adolescente de 18 años, la formulación *poética* que dirige a su

amiga de 17 años después de un pasaje al acto violento: él le dio una bofetada para parar su mirada.

Se conocen desde hace un año. Aunque es joven, él bebe regularmente y piensa que en los momentos en que está borracho se presenta frente a ella como un desecho. “Es lo que creo entender en su mirada. Entonces, yo pego para escapar a esa mirada en la que siento crecer mi odio”.

Para ambos es el primer encuentro con la sexualidad. No ha salido demasiado bien y él se siente molesto frente a la mirada que ella dirige a su sexo. En respuesta, y para impresionar a su joven amiga, le envía una revista en la que ha recortado los ojos de los personajes y de los animales. Le arranca los ojos a su rana de trapo –su objeto transicional– y se los da, diciéndole “he ahí tus ojos”. Era eso, o golpearla de nuevo.

Ha estado siempre solo, camorrista desde la escuela primaria. Una mirada cruzada, ¡pega! El único compañero que tuvo en el colegio fue ¡un ciego! El horror surgió cuando ese amigo intentó suicidarse. Él estaba allí, incapaz de reaccionar. No volvió a encontrarlo, aumentó su consumo de alcohol y fue entonces cuando conoció a su amiga.

Está empujado a beber para escapar de un sueño que tiene desde que era niño: “dos ojos que me miran y me hacen reproches. Es todo”. Sin embargo, quiere añadir algo que le pesa y que no puede decir sin desviar su mirada. Es una escena sexual con su hermano pequeño: “yo tenía 7 años y él 4, me subía encima de él por detrás y después le pedía que me chupara el sexo”. ¿Dónde había aprendido eso? “Sólo lo hice una vez porque después tuve miedo”. Por la noche, tuvo ese sueño de los ojos.

Algunas sesiones más tarde, me comenta una conversación con su madre: él le preguntó si, de pequeño, había dormido en la habitación de sus padres. Pensaba que yo le haría esa pregunta. La respuesta fue precisa: “jamás”. Por el contrario, las repetidas ausencias de su padre hacían que su madre lo metiera en su cama... “Tenía miedo, sola. Eso duró solamente hasta el nacimiento de mi hermano”.

Este adolescente que bebe y golpea es también un alumno inteligente, culto y seductor. Se interesa por la poesía, la literatura, la música y ha descubierto un interés reciente por los textos freudianos. Me interroga: “¿Usted cree en esta historia de la escena primitiva?”

¡Él está ahí!

Adolescencia y transferencia

Para terminar, quisiera decir que la edad delimita las etapas de la vida (infancia, adolescencia, adultez, tercera o cuarta edad). La edad marca las etapas de la vida, pero no al sujeto. Lo que nos enseña el psicoanálisis es que el sujeto no tiene edad, y que es, a cualquier edad, en su contexto, responsable de sus actos. Así, para el psicoanalista que recibe una demanda, el criterio de validación no está en función de la edad. Está en función de la posición del sujeto respecto a su síntoma. Que éste no haga de respuesta para el sujeto, sino de pregunta. Es la condición de una transferencia posible.



Pero en esto hay otro punto a plantear: en la instauración de la transferencia con los adolescentes se desliza a menudo un tercero: la familia, la institución. El terapeuta, sea analista o no, no deja de localizar una implicación edípica en relación con la familia y con sus sustitutos institucionales (escuela, centro de acogida, etc.) El error sería, con este adolescente, subrayar este punto produciendo un forzamiento de la transferencia. El *acting-out* está entonces en el horizonte, del lado del terapeuta esta vez.

La edad marca las etapas de la vida, pero no al sujeto. El sujeto no tiene edad

Entonces, ¿quién pide, qué y a quién? A veces el terapeuta, a menudo los otros: esto es especialmente verdadero para los síntomas que se expresan en la escena social (fracaso escolar, toxicomanías, alcoholismo, trastornos del comportamiento). La demanda es, particularmente en esos casos, la de otros que piden una rectificación, una normalización del adolescente. “Que pare al menos eso –la droga, por ejemplo– el resto no es importante”. Salvo que si para esto, es el resto lo que se convierte en insoportable. La cuestión está en otra parte, y queda por escuchar lo que el sujeto mismo tiene, eventualmente, para ponerse al trabajo del análisis.

Así, si nos dirigimos al sujeto y no al tipo de edad, no existe el especialista de la adolescencia. En este dominio, como en otros de nuestra práctica psicoanalítica, la especialización debe ser interrogada de lo que puede hacer síntoma para los especialistas mismos.

Finalizaré en esta cuestión.

Guy Briole

- 1 Lacan, J., *Télévision*. Seuil éd. Paris, 1974, 72 p.
- 2 Freud, S., *Malaise dans la civilisation*. PUF éd. Paris, 1971, 107 p.
- 3 Wedekind, F., *L'éveil du printemps*, NRF Gallimard éd., Paris, 1974, 107 p.
- 4 id., *L'éveil du printemps*
- 5 id., *L'éveil du printemps*